

## ONTOLOGIA DEL ENTE FICTICIO\*

Las siguientes oraciones versan acerca de entidades ficticias:

- i) El actual rey de Francia es soltero.
- ii) Odiseo fue desembarcado en Itaca profundamente dormido.
- iii) El abominable hombre de las nieves es tímido.

*Aparentemente*, al menos, estas oraciones se relacionan de algún modo con las eventuales entidades «el actual rey de Francia», «Odiseo» y «el abominable hombre de las nieves», respectivamente.

Si se hiciese un catálogo exhaustivo que contuviese la identificación de *todos* los hombres que han existido a lo largo de la historia humana, no encontraríamos en él ni al «actual rey de Francia», ni a «Odiseo» ni al «abominable hombre de las nieves». Ciertamente estas entidades no han existido ni existen en la historia verdadera, pero ¿podemos concluir de aquí que no han existido en modo alguno? Al intentar reponder a esta cuestión nos cruzamos de inmediato con problemas de orden ontológico, lógico, semántico y pragmático.

Planteado así el asunto lo que nos proponemos hacer en esta ocasión es interrogar a algunos pensadores notables de la filosofía contemporánea que, más bien indirectamente, han tropezado con la cuestión —en el curso de investigaciones de orden lógico y semántico— y preguntarles qué ven en estas oraciones. Consultaremos, por ahora, a Frege, Russell, Ryle, Moore y Strawson con la esperanza de que nos expliquen, por ejemplo, cómo es que podemos hablar

(\*) Un análisis más completo —así como una bibliografía específica— podrá verse en mi libro, de próxima aparición, *Los entes de ficción. Análisis filosófico*, en el que trato más extensamente los puntos de vista de la filosofía analítica e intento una respuesta desde una perspectiva fenomenológica.

del rey de Francia *si no existe* rey en Francia y los problemas ontológicos, semánticos y lógicos que se derivan de esta paradoja.

### 1. Frege

¿Qué respondería Frege si le pidiéramos una explicación acerca de la diferencia entre una oración asertiva como «la reina de Inglaterra es casada» y otra como «el rey de Francia es soltero»? ¿Cuál sería la situación ontológica de los referentes de los nombres implicados en estas oraciones y cuál el resultado de considerar las oraciones completas?

En primer lugar, de acuerdo a la teoría de Frege, habría que distinguir en todo nombre propio dos aspectos: el *sentido* (Sinn) y la *denotación* (Bedeutung). «Un nombre propio (palabra, signo, conjunto de signos, expresión) —dice Frege— expresa su sentido y denota o designa su denotación»<sup>1</sup>.

Cabe pues, pensar que un signo va ligado, además de lo designado, a un sentido que Frege concibe como el modo de darse la denotación. Pondremos esto en claro: *Napoleón* en persona es lo denotado por el nombre propio «Napoleón». Pero «el militar más grande que ha tenido Francia» y «el emperador francés que sembró la muerte y la destrucción en Europa» serían dos modos de darse de la denotación *Napoleón*, o lo que es lo mismo, dos *sentidos* diferentes del mismo nombre propio «Napoleón».

«El nombre propio —agrega Frege— debe tener por lo menos un sentido (tal como yo empleo la palabra) pues de lo contrario sería una sucesión de sonidos vacía, llamada nombre sin ningún derecho. Para el uso científico se debe exigir que tenga también denotación, que designe o nombre un objeto»<sup>2</sup>.

A la luz de estas declaraciones de Frege la expresión nominal «el actual rey de España» sería diferente de la expresión «el actual rey de Francia» porque obviamente la primera no sólo tiene un sentido sino, además, una denotación mientras que la segunda expresión posee sólo sentido, pero no denotación.

La denotación y el sentido de un signo debe distinguirse, a su vez, de la representación (*Vorstellung*) que suele unirse al signo. La representación no pertenece al signo, no forma parte de su significación, sino que es lo que éste sugiere a la mente de quien escucha un nombre. Por eso Frege dice que cuando la denotación de un signo es un objeto sensible, la representación que nos hacemos de él es una *imagen interior* que surge empapada de impresiones, recuer-

1 «Sobre sentido y denotación», p. 53 en *Lógica y semántica* (Siete escritos). Introducción y traducción de Alfonso Gómez-Lobo. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.

2 «Sentido y denotación de las palabras de concepto», p. 86.

dos y experiencias personales que cada uno de nosotros tiene de modo individual y privado. De ahí que no siempre, y ni siquiera en una misma persona, la misma representación esté ligada al mismo sentido. «La representación es subjetiva; la representación que tiene un individuo no es la que tiene otro. El resultado —sostiene Frege— es que hay una multiplicidad de diferencias en las representaciones conectadas con un mismo sentido»<sup>3</sup>. A Frege le interesa dejar bien sentado qué es lo que ha de entenderse por «representación» *para evitar confundir la representación con el sentido el cual concibe como algo totalmente objetivo*. «Por eso —afirma— la representación se diferencia esencialmente del sentido de un signo, el cual puede ser propiedad común de muchos y por lo tanto no es una parte o un modo del alma individual. Nadie podrá negar, en efecto —concluye Frege—, que la humanidad *posee un tesoro común de pensamientos* (subrayamos) que traspasa de una generación a otra»<sup>4</sup>.

¿Qué ocurre pues, con expresiones como «el actual rey de Francia»? Por modo de comparación observemos lo que Frege dice de otros nombres que, como éste, manifiestamente no tienen denotación. Refiriéndose a la *Odisea* en donde aparece la palabra «moly», Frege afirma que no por carecer de denotación este pasaje de la *Odisea* ha de carecer de sentido «así como tampoco —sostiene— ocurrirá con otros en que aparece el nombre «Nausicaa» que probablemente no denota ni nombra cosa alguna. Pero hace como si nombrara a una muchacha y se asegura así un sentido. Y a la poesía le basta con el sentido, con el pensamiento, incluso sin denotación, sin valor de verdad; pero no a la ciencia»<sup>5</sup>.

Nuestro problema podría estar, por consiguiente, relativamente solucionado. Toda la diferencia que habría entre la oración «el actual rey de Francia es soltero» y «la actual reina de Inglaterra es casada» estaría en que la primera oración poseyendo sentido, carece de denotación, por oposición a la segunda en la que el nombre propio posee sentido y denotación.

Los *sentidos* pertenecerían a una especie de realidad supra objetiva, independiente, por tanto, de la realidad empírica y de la realidad psicológica<sup>6</sup>. Todos estos nombres que no tienen denotación apuntarían a la existencia de un

3 «Sobre sentido y denotación», p. 51.

4 *Ibidem*, p. 51.

5 «Sentido y denotación de las palabras de concepto», p. 84.

6 Por *Sinn* y *Gedanke*, Frege entiende un cierto tipo de objetividad enteramente lógica. En realidad los sentidos (y los pensamientos) corresponden a las significaciones husserlianas, es decir a esencias lógicas responsables de la comprensión y de la comunidad lingüística.

tipo de entidades que se ha dado en llamar del «tercer reino». Pero hay que dejar claro que no se trata tan sólo de explicar nombres propios como «el actual rey de Francia» o «Ulises» sino oraciones completas. No es lo mismo decir «Nausicaa» que decir «Odiseo encontró a Nausicaa al ser arrastrado a las playas del país de los feacios». Y, en efecto, Frege va a distinguir entre expresiones de nombres propios y expresiones de oraciones: Hasta el momento —dice Frege— sólo se ha observado el sentido y la denotación de aquellas expresiones, palabras o signos que hemos llamado nombres propios. Ahora preguntamos por el sentido y la denotación de una oración asertiva completa. Una oración de este tipo contiene un pensamiento (*Gedanke*). ¿Hay que entender este pensamiento como su sentido o como su denotación?

Frege recurre, para aclarar este punto, al principio leibniciano de la sustitución *salva veritate*. Supongamos que nos enfrentamos con la siguiente oración: «el lucero de la mañana es un cuerpo iluminado por el sol». Si reemplazamos una palabra de la oración por otra que tenga la misma denotación, pero distinto sentido, no deberá cambiar la denotación de la oración. Así si decimos: «el lucero de la tarde es un cuerpo iluminado por el sol» tenemos un cambio de sentido, pues el pensamiento de ambas oraciones no es el mismo, aunque la denotación continúa siendo idéntica. De esto deduce Frege que *el pensamiento no puede ser la denotación de una oración*; el pensamiento equivale más bien a su sentido. ¿Qué ocurre con su denotación? Respecto de la denotación Frege construirá una teoría de acuerdo a la cual cualquier oración verdadera denota la «Verdad» y la «Falsedad» serán dos entidades abstractas con existencia independiente, una de las cuales siempre es denotada por una oración asertiva.

Hecha esta aclaración, volvamos a preguntar: ¿cuál es la diferencia entre la oración «la actual reina de Inglaterra es casada» y «el actual rey de Francia es soltero»? Es el propio Frege quien observa la diferencia y extrae una conclusión de gran interés para nuestro problema. «La oración "Odiseo fue desembarcado en Itaca mientras dormía profundamente" tiene —dice Frege— manifiestamente un sentido. Sin embargo, por ser dudoso que el nombre "Odiseo" tenga una denotación, es dudoso también que la oración entera lo tenga. Pero lo que sí está fuera de duda es que quien sostiene seriamente que la oración es verdadera o falsa le atribuye también al nombre "Odiseo" una denotación y no sólo un sentido (...) El *pensamiento* permanece invariable, tenga o no una denotación el nombre "Odiseo"»<sup>7</sup>.

7 «Sobre sentido y denotación», p. 55.

El trabajo (como el nombre lo indica) «*Der Gedanke. Eine Logische Untersuchung*» de 1918, Frege lo dedica por entero a explicitar el sentido en que debe comprenderse la idea de pensamiento.

A nuestro modo de ver hay en este trabajo de Frege un cambio de concepción nada despreciable de la idea de pensamiento respecto de su trabajo «*Über Sinn und Bedeutung*» de 1892. En este último, por lo visto, se suponía que la denotación de una oración asertiva no era precisamente su sentido o —según la equivalencia establecida por Frege— su pensamiento, sino más bien su valor de verdad (*Wahrheitswert*). El pensamiento de la oración se mantenía como una suerte de objetividad pura y, curiosamente, al parecer como algo distinto de la «Verdad» y la «Falsedad». Pero por todo lo que sostiene Frege es obvio que la «Verdad» y la «Falsedad» corresponden a objetividades puras, lo mismo que los sentidos de los nombres y los pensamientos de las oraciones y, por tanto, al mismo «reino». Esto es, precisamente, lo que comienza tácitamente reconociendo Frege en «*Der Gedanke*».

«Cuando llamamos verdadera a una oración —sostiene— nos referimos en rigor a su sentido. De aquí se sigue que aquello de lo que cabe preguntar si es verdadero o no, es el sentido de la oración...» y a renglón seguido agrega: «Sin querer dar con esto una definición, llamo pensamiento (*Gedanke*) a algo de lo cual cabe, en general, preguntar por la verdad. Lo falso lo incluyo entre los pensamientos no menos que lo verdadero»<sup>8</sup>.

Hecha esta precisión lo que nos importa aclarar aquí no es lo relativo a la verdad o falsedad de las oraciones, sino qué se entiende exactamente por «pensamientos» puesto que, como es evidente en la argumentación de Frege, los entes de ficción *existirían* (o *serían*) como pensamientos.

En su intento por explicar la naturaleza del pensamiento. Frege dedica una prolija argumentación que tiene por objeto distinguir radicalmente la representación del pensamiento o, lo que es lo mismo, los procesos psicológicos de los puramente lógicos, de ahí que pueda concluir taxativamente que los pensamientos no son ni cosas del mundo exterior ni representaciones.

«Hay que reconocer —sostiene— un *tercer dominio*. Lo que a éste pertenece coincide con las representaciones en que no puede ser percibido por los sentidos, con las cosas en cambio coincide en que no requiere de un portador a cuyos contenidos de conciencia pertenezca. Por lo tanto el pensamiento que expresamos, por ejemplo en el teorema de Pitágoras, es intemporalmente ver-

8 «El pensamiento. Una investigación lógica», p. 109.

dadero, verdadero independientemente de que alguien lo estime verdadero o no. No requiere de un portador<sup>9</sup>.

Queda probado, pues, para Frege, que un pensamiento nada tiene que ver con una representación. De esta suerte el pensamiento expresado por la oración asertiva «el actual rey de Francia es soltero» sería totalmente objetivo —aunque no venga al caso decir de él que es verdadero o falso— a diferencia de la *representación* que cada uno de nosotros pueda hacerse a propósito de esta afirmación. «No somos portadores de los pensamientos —dice Frege— al modo como somos portadores de nuestras representaciones»<sup>10</sup>. Esto implica una consecuencia de trascendental importancia en la teoría de Frege, esto es, que cualquier ser humano puede captar con total independencia un pensamiento sin que al captarlo lo modifique en lo más mínimo en cuanto pensamiento; de lo que se sigue que «al pensar no producimos los pensamientos sino que los *captamos*»<sup>11</sup>. «Para que un pensamiento sea verdadero no se requiere —agrega Frege— que éste sea pensado (...) El trabajo de la ciencia no consiste en *crear*, sino en *descubrir* pensamientos verdaderos»<sup>12</sup>.

En consecuencia oraciones como «el actual rey de Francia es soltero», «Ulises es griego», «Don Quijote arremetió contra los molinos de viento» y todas las de este tipo —y con ellas todas las oraciones de la literatura; la literatura toda— expresarían pensamientos y estos pensamientos serían las objetividades: *el actual rey de Francia es soltero, Ulises es griego, Don Quijote arremetió contra los molinos de viento, etc.*

Es fácil concluir de la teoría de Frege que los *entes de ficción son pensamientos*. No pertenecen ni a nuestras representaciones ni al mundo de las cosas materiales, *sino al tercer reino, el reino de los pensamientos*. En esta teoría, como se ve, los entes de ficción *son*, tienen existencia y, por lo tanto, no podemos sino reconocerlos en nuestra ontología como una especie más de entes que pueblan la realidad (siempre que no entendamos «realidad» en un sentido estrecho, temporeo-espacial exclusivamente).

La ventaja más considerable de esta doctrina es que de acuerdo a los criterios por ella establecidos, podemos explicar y conceder *existencia (ser)* a los entes de ficción tanto de la literatura como de cualquier estructura lingüística que se refiera a ellos. Todo el mundo de ficción —y con él los personajes— de

9 *Ibidem*, p. 122.

10 *Ibidem*, p. 129.

11 *Ibidem*, p. 129.

12 *Ibidem*, p. 129.

una obra de arte existiría como *sentido*, como *pensamiento*, es decir como objetividad del tercer reino, del mismo modo como existe el pensamiento «teorema de Pitágoras» y todos los entes matemáticos.

No obstante sus méritos hay varios problemas que entraña la teoría de Frege. Enunciaré con brevedad los más importantes.

Es cierto que Frege dice que en el caso de la poesía los entes de ficción existen sin determinación de verdad o falsedad, pero lo importante es que *son*, *existen*.

Es efectivo también que afirma que en el caso de las proposiciones científicas no nos quedamos en el pensamiento sino que preguntamos, además, si ese pensamiento es verdadero o falso. Pero, como el mismo Frege observa, decir de un pensamiento que «es verdadero» no agrega ni quita nada al pensamiento en sí. Decir «dos más dos son cuatro» y decir «es verdad que dos más dos son cuatro» es decir exactamente lo mismo. El hecho de agregar «es verdad que» no puede modificar la naturaleza misma de estas entidades, ya que su existencia *no depende en lo más mínimo de cómo se las capte*. En este sentido quedarían en pie de igualdad los entes ficticios con los entes matemáticos. Ambos serían, rigurosamente, pensamientos y el pensamiento es universal e intemporal. De suerte que afirmar «Ulises fue desembarcado en Itaca mientras dormía profundamente» es expresar exactamente el mismo pensamiento que va en la oración siguiente: «Es verdad que Ulises fue desembarcado en Itaca mientras dormía profundamente».

Lo que discutimos y debatimos a Frege es que no se pueden poner *en el mismo plano* (o en el mismo nivel) las objetividades matemáticas y las objetividades ficticias.

Si asistimos a la demostración del Teorema de Pitágoras, sean cuales sean nuestras motivaciones internas, nuestros sentimientos y nuestra historia privada y personal, no cabe duda de que todos «captaremos» el *mismo* pensamiento. No es posible tolerar en matemáticas «interpretaciones personales».

Más bien nuestra representación del teorema coincidirá totalmente con el pensamiento del teorema por donde venimos a parar que en verdad no habrá diferencia entre lo captado del teorema y lo representado de él.

Se afirmará que otro tanto puede decirse de un discurso artístico. Que el Ulises que aparece en la *Odisea* es uno y solamente uno —así como el Teorema de Pitágoras es uno y sólo uno— aunque podamos tener diferentes representaciones de Ulises de acuerdo a nuestra particular historia personal. Sin embargo mientras es posible *demostrar* (y utilizamos la palabra en su sentido más riguro-

so) que el pensamiento del Teorema de Pitágoras es uno y sólo uno, totalmente objetivo y ajeno a nuestras personales vicisitudes, no existe —nos parece— medio alguno que nos permita dar con el verdadero pensamiento de Ulises. En otros términos: no nos parece que podamos captar de igual manera el pensamiento «Teorema de Pitágoras» que el pensamiento «Ulises desembarcado dormido en Itaca». Habrá que reconocer al menos que «captar» no significa unívocamente en cada uno de estos casos.

Otra dificultad que se sigue inmediatamente de la anterior es la implicada por la tesis de Frege según la que los pensamientos existirían en este *tercer reino* desde siempre, de una manera inespacial, intemporal, eterna, más o menos como las Ideas platónicas. En efecto, de acuerdo a esta teoría «la humanidad posee un tesoro común de pensamientos que traspasa de una generación a otra». Este «tesoro», consecuentemente con Frege, no es creación o invención de la humanidad, sino el conjunto de pensamientos *descubierto*, *captado* por los hombres en el curso de la historia. Pertenecen por igual a él los pensamientos matemáticos y los pensamientos poéticos. Por igual los postulados y teoremas de la geometría euclídea y los personajes homéricos. Si esto resulta aceptable para el caso de los entes matemáticos ¿qué diremos de los entes de ficción? *El Quijote* completo ¿es una *invención* de Cervantes o un *descubrimiento*? El mundo que nos presenta el narrador del *Quijote* ¿es producto de las representaciones que en su día se hizo Cervantes o es el resultado de la *captación* de una serie armónica de pensamientos totalmente objetivos? Siguiendo la argumentación de Frege estamos obligados a concluir que Don Quijote, Sancho Panza, Dulcinea del Toboso, Odiseo, Telémaco, Penélope y los pretendientes han existido (y existen) desde siempre como parte de este tesoro común de la humanidad y que Cervantes y Homero simplemente los han «captado» y expresado lingüísticamente.

¿Y qué ocurre cuando leemos una novela como *El Quijote* o un poema épico como *La Ilíada*? ¿Captamos pensamientos poéticos de la misma manera que si leemos la demostración lógica de las leyes de Morgan? Parece evidente que hay aquí una apreciable diferencia que debe llevar a pensar que o bien los entes de ficción no son pensamientos o *si lo son no pueden serlo en el mismo sentido que los pensamientos matemáticos*.

## 2. Russell

En su *An Introduction to the Mathematical Philosophy* (1919) Russell señala lo siguiente:

«Al faltarles el aparato de las funciones proposicionales, muchos lógicos llegaron a la conclusión de la existencia de objetos irreales. Se ha argumentado, por Meinong, por ejemplo, que podíamos hablar de "la montaña de oro", de "el cuadrado redondo", etc.; que podríamos enunciar proposiciones ciertas de las que aquellas fuesen sujetos; de aquí que estos tuviesen alguna especie de ser lógico, puesto que, de otro modo, las proposiciones en que intervienen carecerían de sentido. Hay en tales teorías, según nos parece, una falta de aquel sentido de la realidad que debemos conservar aún en los estudios más abstractos. La Lógica, contestaríamos nosotros, no debe admitir un unicornio más de lo que pueda admitir la Zoología; pues la Lógica debe ocuparse del mundo real tan vezrazmente como la zoología, aunque con rasgos más abstractos y generales. Decir que los unicornios tienen existencia en la heráldica, o en la literatura, o en la imaginación, es la más lastimosa y triste evasiva (...), sostener que Hamlet, por ejemplo, existe en su propio mundo, o sea en el de la imaginación de Shakespeare, tan ciertamente como Napoleón, por ejemplo, existió en el mundo real, es decir algo deliberadamente confuso, que difícilmente puede ser creído (...).

El sentido de la realidad es vital para la lógica, y quien quiera jugar con él, pretendiendo que Hamlet tiene alguna otra especie de realidad, le hace un mal servicio al pensamiento»<sup>13</sup>.

Sin embargo, una cosa es decir algo respecto de algo, y otra es probarlo. Hace falta pues, que Russell, además, pruebe sus asertos. En efecto, esto es precisamente lo que Russell hará por intermedio de su teoría de las descripciones, primero en su famoso artículo «On Denoting», luego en *Principia Mathematica* y en la ya mencionada obra *An Introduction to Mathematical Philosophy*.

Cuando escuchamos oraciones del tipo que hemos venido considerando (por ejemplo «el actual rey de Francia es calvo») no nos sentimos inclinados a negar, según Russell, que sean significativas. Si no fueran significativas no entenderíamos lo que ellas dicen, pero es obvio que ellas afirman algo claramente inteligible respecto de ciertas entidades. ¿Cómo es esto posible? Desde luego Russell está de acuerdo con que estas oraciones son significativas, pero rechaza las explicaciones que pretenden explicar por qué lo son.

El argumento que esgrimen los que defienden la «existencia» de entidades como «el actual rey de Francia» se basa en que la proposición que contiene

13 *Obras completas*, Tomo II, *Ciencia y Filosofía*, Aguilar, Madrid, 1973, p. 1367.

como predicado esta expresión (por ejemplo «el actual rey de Francia es calvo») puede ser calificada de verdadera o de falsa. Y si una oración, se argumenta, puede ser verdadera o falsa no sólo es significativa sino, además, el sujeto denotado gramaticalmente tiene necesariamente que existir de alguna manera.

Para Russell se llega a esta conclusión engañosa al llegar a creer que el sujeto gramatical de esta oración es también el sujeto lógico. Mas «el actual rey de Francia» no es sujeto lógico, sino sólo gramatical. El paso siguiente es demostrar que existen oraciones genuinas en las que la estructura gramatical sujeto-predicado es efectivamente la estructura lógica de una proposición. Si una pseudo oración lógica tiene la forma de sujeto-predicado es efectivamente la estructura lógica de una proposición. Si una pseudo oración lógica tiene la forma de sujeto-predicado y no se refiere a nada entonces no cabe sino pensar que su carencia de significado se debe en realidad a que lógicamente hablando no es una oración de la forma sujeto-predicado.

En otros términos la teoría de Russell descansa en un principio fundamental que podríamos enunciar así: *el lenguaje enmascara y distorsiona la visión recta de la realidad*. A este principio fundamental siguen varios más entre los cuales están, al menos, los siguientes: 1) la estructura lógica de un lenguaje lógicamente perfecto; 2) los nombres propios son meras abreviaciones de descripciones; 3) las descripciones pueden ser indefinidas o definidas; 4) los nombres propios pueden transformarse, mediante procedimientos lógicos, en descripciones y las descripciones a su vez —que actúan como sujetos gramaticales— pueden transformarse en predicados en proposiciones lógicamente perfectas.

Examinemos brevemente algunas de estas tesis y sus consecuencias para una teoría de los entes de ficción. No obstante advirtamos antes que la doctrina lógica-ontológica-semántica de Russell posee profundas raíces en su concepción epistemológica<sup>14</sup>.

De acuerdo a esta teoría para referirnos, por ejemplo, al rey de España podemos hacerlo de dos maneras:

14 En efecto, según el pensador británico —y dicho esto de una manera un tanto cruda— tenemos dos maneras de conocer: una, por conocimiento directo o por familiaridad («knowledge by acquaintance») y otra por conocimiento indirecto o por descripción. Por ejemplo, yo conozco *directamente* a mi padre, me consta empíricamente su existencia, pero sólo conozco *indirectamente* la existencia de mi abuelo paterno porque él murió mucho antes que yo naciera. En realidad yo lo conozco por descripciones, pero no por conocimiento inmediato. La postura de Russell es mucho más radical que lo aquí explicado porque llega a sostener que sólo podemos conocer de verdad directamente ciertos *sensu-dada* y nada más, pero a vosotros nos basta con lo ya explicado para continuar con nuestro problema.

Para una síntesis de las teorías ontológicas de Russell cf. el trabajo de W. V. Quine «La evolución de la ontología de Russell» en *Homenaje a B. Russell* (Traducción de Ulises Mouliners). Oikos-Tau, Barcelona, 1968.

(I) nombrándolo: «Don Juan Carlos I es el jefe del Estado español».

(II) describiéndolo: «El rey de España es el jefe del Estado español».

Lo que hemos hecho en (II) es transformar el sujeto de la oración (es decir el nombre propio «Don Juan Carlos I») en una descripción. Ahora bien, mediante un análisis lógico adecuado puede demostrarse que esta descripción definida desaparece al transformar la oración en la que esta descripción es sujeto gramatical, en proposición lógica. Una proposición lógicamente correcta del tipo (II) debidamente transformada tiene la forma (III) siguiente:

(III)  $\exists x[Fx. (x). (Fy \supset y = x)]$

De modo que en (II) la expresión «El rey de España, que abreviaremos *S* no representa un sujeto lógico *y*, en consecuencia la oración no es acerca de *S*, pues un análisis correcto de (II) permite obtener una proposición (III) que expresa el mismo significado, pero eliminando la expresión *S*. En efecto la proposición (III) ya no posee a *S* como sujeto, sino como parte del predicado. ¿Dónde está ahora la afirmación de existencia? Sólo en el cuantificador existencial  $\exists x$ . Afirmamos la existencia de una entidad simplemente al atribuirle una propiedad, pero no al atribuirle —como ya vio Kant— existencia. En este caso afirmamos de esta entidad que es *jefe del Estado español*.

De otra forma, esta oración, que expresa existencia, equivale a la afirmación conjunta de las tres oraciones siguientes:

(i) «Existe al menos un individuo que es rey de España».

(ii) «Existe al menos un rey de España».

(iii) «Si alguien es rey de España, entonces es Jefe del Estado español».

Apliquemos ahora el mismo procedimiento analítico a una oración cuyo sujeto gramatical, según Russell, no designa (nada) en absoluto; sea la oración la siguiente:

(I') «Agamenón es matador de hombres».

Reemplacemos ahora el nombre «Agamenón» por una descripción definida, por ejemplo «el rey de los ejércitos aqueos» y obtendremos la oración siguiente:

(II') «El rey de los ejércitos aqueos es matador de hombres».

Si (II') pretende ser una oración denotativa deberá soportar una transformación a la proposición lógicamente correcta (III')

$\exists x[Fx. (x). (Fy \supset y = x)]$

es decir: «existe al menos un individuo  $x$  tal que  $x$  es el rey de los ejércitos aqueos y cualquiera sea  $y$  si  $y$  es rey de los aqueos, entonces  $y = x$  y además  $x$  es matador de hombres».

Esta proposición (III') equivale a la afirmación conjunta de las tres oraciones siguientes:

(i') «Existe al menos un individuo que es rey de los ejércitos aqueos».

(ii') «Existe al menos un rey de los ejércitos aqueos».

(iii') «Si alguien es rey de los ejércitos aqueos, entonces es matador de hombres».

Una simple mirada nos revela que (i) es verdadera, lo mismo que (ii) y (iii) lo que significa que la proposición (II) es verdadera y, por lo tanto, nombra una entidad *efectivamente existente*.

Por el contrario (i') es falsa, lo mismo que (ii') y (iii') y, como sabemos, un esquema proposicional de la forma «p.q.r.» en el que todas sus cláusulas son falsas, resulta falso en su totalidad.

Es falso pues, afirmar que es verdad que «Héctor mató a Patroclo», que «Don Quijote lucha contra el vizcaíno», etc., porque al transformar estas oraciones en proposiciones de lógica existencial de la forma «existe al menos una entidad llamada Héctor (o Don Quijote) y esa entidad mató a Patrocolo...» *demonstraría* que puesto que no *hubo* (existió) un tal Héctor, cualquier cosa que se diga de él (y de todos sus congéneres) ha de ser forzosamente falsa. Queda así justificada, para Russell, su declaración en contra de la supuesta existencia de entes imaginarios, ficticios, literarios, mitológicos o como quiera llamárselos.

Si se preguntara a Russell ¿pero qué gana usted con transformar los nombres de una oración en descripciones y las descripciones en predicados de una proposición lógicamente correcta? contestaría que lo ganado es mucho; diría, por ejemplo, que mediante este procedimiento hemos logrado disminuir notablemente la «inflación» ontológica del mundo del cual debe preocuparse el filósofo. Diría, además, que ya no hay riesgo de confundir una entidad real con una pseudo entidad, pues el análisis lógico del lenguaje común demuestra claramente cuándo estábamos en presencia de una entidad real y cuándo no; diría también que la filosofía necesita imperiosamente de este instrumento lógico si quiere decir algo verdaderamente con sentido y evitar las interminables disputas bizantizas sobre ciertos temas metafísicos que son intraducibles a un lenguaje lógicamente correcto. Diría, en fin, que se abandonamos la lógica corremos el seguro riesgo de arruinar la ciencia y la filosofía, y de engañar a los demás, y a nosotros mismos, creyendo que hablamos de la realidad cuando sólo hablamos de palabras.

La navaja de Occam, bien afilada por la lógica de Russell, nos ha dejado un mundo casi despoblado, llevando al otro extremo la balanza de la existencia que con Meinong había llegado a su límite<sup>15</sup>. Pero todo tiene su precio, y la teoría de Russell también lo tiene y, en cierto sentido, bastante elevado. Desde luego resulta poco conveniente su argumento de que la lógica, para ser verdadera ciencia, ha de tener estrictamente en cuenta lo que ocurre en la realidad y no admitir más entidades en su mundo que las que existen en el mundo real. «Pero las leyes de la lógica —como bien dice David Mitchell— no excluyen la posibilidad, por ejemplo de los unicornios y, con tal que reconozcamos que los unicornios son monstruos legendarios o heráldicos, nada malo hay en decir que hay cosas así en el "universo de la heráldica" o en el "universo de la leyenda"»<sup>16</sup>.

### 3. Ryle

Según G. Ryle la pregunta que interroga por el «estatus» de los entes imaginarios carece en sí de sentido y es fuente de confusión que induce a respuestas equivocadas. La pregunta invita a creer que *existen diferentes* clases de «estatus» ontológicos y que los objetos imaginarios son una especie de objetos.

«Yo puedo hacer proposiciones —dice Ryle— acerca de Mr. Pickwick y de serpientes de mar: por lo tanto debe existir Mr. Pickwick y las serpientes de mar». Tal es, poco más o menos, el razonamiento engañoso en que ha caído tanto la creencia popular como la filosofía. Más específicamente, el error consiste en suponer que los objetos imaginarios son ideas, pensamientos o contenidos mentales denotados por el lenguaje<sup>17</sup>.

Pero los objetos imaginarios no son *objetos* y, por consiguiente, sostiene Ryle, las proposiciones acerca de Mr. Pickwick (personaje de la novela de Dickens *Los papeles póstumos del Club Pickwick*) aunque lo parezcan no son acerca de Mr. Pickwick ya que no existe ni ha existido jamás una persona real que llevara tal nombre e hiciera todo lo que se dice que hizo y pensó en la novela de Dickens.

El *primer* argumento de Ryle contra la existencia de entes imaginarios comienza por recoger el sentido común. Este sentido común, que es natural, distingue muy bien entre la proposición «Mr. Pickwick es un ser imaginario» y «La

15 Rusell tiene presente los trabajos de A. von Meinong, especialmente.

16 *Introducción a la lógica*, Barcelona 1974, p. 83. Labor. Pormenores y consecuencias discutibles de la teoría de las descripciones de Russell pueden verse en la inteligente obra de Thomas Moro Simpson, *Formas lógicas, realidad y significado*. Segunda edición, EUDEBA, 1975.

17 «Imaginary objects», en *Proceedings of the Aristotelian Society*, 1933, Vol. 12, p. 31.

señora Thatcher es una persona real». Todos estarían de acuerdo en decir que la proposición «Mr. Pickwick es un ser real» es falsa, lo mismo que «la señora Thatcher es un ser imaginario». Nadie aceptaría, en consecuencia, la proposición «Mr. Pickwick *existe* y es imaginario».

El *segundo* argumento contra la «existencia» de los entes imaginarios lo extrae Ryle de la tradición filosófica inglesa. En efecto, desarrollando la tesis de Kant, la filosofía analítica con Russell a la cabeza, ha demostrado (o lo ha intentado, al menos) que la *existencia no es un predicado*, de modo que cuando se dice «existen los elefantes imaginarios» no se está diciendo nada (es decir no se está predicando atributo alguno) de los elefantes imaginarios. Distinto sería decir: «los elefantes imaginarios son rosados», en este caso «rosado» es un atributo (o en realidad, pretende serlo) de «elefantes imaginarios». Sin embargo ocurre que como no existen dos clases de elefantes, los *reales* y los *imaginarios*, debe ser trivialmente falso que estos últimos sean rosados. En cuentas claras: el predicado (o atributo) «imaginario» es tan *superfluo* como «existente». Cuando decimos que algo es imaginario *nada* estamos diciendo de ese algo, del mismo modo que *nada* decimos cuando le atribuimos existencia.

Sólo tiene sentido (aunque es tautológico) afirmar «Los elefantes son reales», pero, por lo mismo, carece de todo sentido decir «los elefantes imaginarios son reales»<sup>18</sup>.

Los filósofos, en cambio, sostienen, según Ryle, que términos como «existe», «es real», «es un objeto», «es una entidad», «es», «es no-existente», «es irreal», «no es un objeto», «es una no-entidad», etc., significan no sólo cualidades sino también «*estatus*» de cosas. Ryle llamará a estos predicados cuasi-ontológicos.

El *tercer* argumento de Ryle repite la clásica teoría de las descripciones definidas de Russell —aunque implícitamente— que, como vimos, está destinada a demostrar que entidades como «el actual rey de Francia», «Mr. Pickwick», «el abominable hombre de las nieves», etc., *no existen en modo alguno*, aunque las oraciones en que estas expresiones intervienen sean significativas. «Y cuando nosotros decimos de algo que es real, que existe o que es una entidad, la

18 Es redundante decir «los elefantes reales existen» pues, es evidente—para Ryle— que el atributo «realidad» implica la existencia. «Decir de algo que es un objeto o que existe es no decir nada» (pues, si es un objeto, parece pensar Ryle, *a fortiori*, existe)... «A la inversa —continúa—, decir de algo nombrado o descrito que éste no es real o no es un objeto o una entidad es un disparate». *Ibidem*, p. 20.

De acuerdo a esta concepción decir de Jones que no es una entidad es absurdo si, en efecto «Jones» denota una entidad.

gramática de la proposición sugiere (falsamente) que lo que está siendo dicho es perfectamente análogo a lo dicho en proposiciones en las cuales se ha dicho que algo es rojo, caliente o tigre»<sup>19</sup>.

Hay pues que distinguir tajantemente entre proposiciones lógicamente correctas y proposiciones gramaticalmente correctas. No siempre la estructura de ambas es la misma. La proposición «Esther no existe» (X no existe) no puede ser acerca de algo que tiene el nombre de Esther y que no existe. «En la proposición "X existe" o "X no existe", el término "X" que, gramaticalmente, parece estar designando un sujeto de atributos, está realmente significando un atributo. Es una expresión predicativa encubierta»<sup>20</sup>.

Pues bien, «being imaginary», «being a fiction» son expresiones predicativas de la clase *cuasi-ontológica*. No hay dos Mr. Pickwick, uno real y otro imaginario; simplemente no hay «Mr. Pickwick» alguno. Imaginar que algo tiene ciertos atributos no es lo mismo que tenerlos, de modo que es falacioso el razonamiento que atribuye existencia a Mr. Pickwick porque en la novela se dicen de él muchas cosas, por ejemplo que es obeso. Imaginar que algo tiene ciertos atributos no es lo mismo que tenerlos; imaginar que Mr. Pickwick es obeso, bajo de estatura y amante de la filosofía no es lo mismo que decir de Mr. Baldwin —un hombre de Estado inglés— que es así y así y de tal y cual manera. Mientras en el primer caso no hay un objeto de la descripción, en el segundo sí. En consecuencia las proposiciones de Dickens son ficticias precisamente porque no son acerca de alguien, aunque ellas pretendan ser acerca de Mr. Pickwick. Si comparamos —siguiendo a Ryle— las proposiciones:

- (i) «El Mont-Blanc está nevado» y
- (ii) «Mr. Pickwick es obeso»

la diferencia se observa en que mientras la proposición (i) es *acerca* del *Mont-Blanc* en el sentido que se dice que *existe* una y solamente una montaña llamada Mont-Blanc y que está nevada, la proposición (ii) aparenta ser acerca de Mr. Pickwick, pero como no *hay* un tal Mr. Pickwick *real* (así como si hay un Mont-Blanc) entonces el decir de esa entidad que es «obesa» no es ni verdadero ni falso, puesto que, para que lo sea, tendría que existir realmente Mr. Pickwick y no sólo como mero nombre de ficción.

En cambio respecto de la proposición (i) se puede decir con sentido que si hay tal montaña y está nevada la proposición es falsa. Si no hay tal montaña la proposición no es ni verdadera ni falsa.

19 «Imaginary objects», p. 19.

20 *Ibidem*, p. 20.

El *cuarto* argumento de Ryle arranca de una distinción entre los modos de atribuir en el caso de la proposición (i) y la proposición (ii). Cuando una proposición como (i) designa y describe realmente, entonces la proposición es verdadera o falsa de aquella cosa que describe o designa. Llamamos —afirma Ryle— esa parte de una proposición que nombra o describe eso acerca de lo que es la proposición, cuando la proposición es acerca de algo, la «designación». En el caso de la proposición (ii) que describe a Mr. Pickwick como «obeso», ya que no hay un tal Mr. Pickwick *real*, la designación es aparente y Ryle la llama «pseudo designación».

Expuesta esta teoría Ryle piensa que está en condiciones de responder coherentemente a una serie de interrogantes relativas a los entes de ficción. He aquí sus conclusiones más relevantes:

(i) ¿Cómo podemos hacer proposiciones acerca de Mr. Pickwick dado que no existe realmente? No podemos, dice Ryle, ya que una proposición es solamente acerca de algo cuando algo de hecho responde a la pseudo-designación «Mr. Pickwick».

(ii) Pero, entonces ¿acerca de qué o de quién son las proposiciones de Dickens? Pues acerca de *nadie*. Para Ryle ni siquiera el propio Dickens pensó jamás que fueran acerca de alguien; él sólo pretendió que eran acerca de alguien. Dickens fabricó proposiciones como si fueran acerca de alguien que era de tal y tal modo y que poseía éstas y aquéllas características.

(iii) Entonces ¿qué sentido tiene la proposición de un lector que afirme «Mr. Pickwick no visitó Oxford»? Claramente, dice Ryle, sus proposiciones son acerca del libro. En otros términos el lector dice: «ninguna oración de esta novela implica que Mr. Pickwick visitó Oxford». Esta proposición será verdadera o falsa respecto del libro y nada más.

(iv) ¿Acerca de qué o de quién son nuestras proposiciones cuando nosotros decimos: «Mr. Pickwick es una entidad imaginaria»? Claramente, opina Ryle, estamos diciendo que las cuasi-designaciones, en las proposiciones que son acerca de Mr. Pickwick son pseudo-designaciones<sup>21</sup>.

De modo pues, que decir «Mr. Pickwick es una entidad imaginaria» equivale a decir «Mr. Pickwick es una pseudo-designación». Y al decir esto no le estaríamos adscribiendo —cree Ryle— un «estatus» nebuloso a un hombre, sino rechazando que una cierta clase de expresiones se aplican a algo.

Los objetos imaginarios, pues, no son objetos, no existen ni son creados, concluye Ryle.

21 Cfr. *Ibidem*, p. 29.

#### 4. Moore

La crítica de Moore a Ryle es muy sutil y a primera vista parece no tener importancia, pero como cabe esperar de un filósofo que aprecia el lenguaje y el sentido común, sus observaciones van encaminadas a demostrar que Ryle se equivoca en el uso de determinadas palabras y expresiones.

Según Ryle las proposiciones que formula Dickens en *Los papeles póstumos del Club Pickwick* son proposiciones aparentemente acerca del señor Pickwick.

Moore considera errónea esta conclusión de Ryle y la discute en dos puntos esenciales. Tómese como caso la proposición de Dickens: «La señora Bardell se ha desmayado en los brazos del señor Pickwick». Ryle ha dicho que esta proposición no sólo no versa «acerca del señor Pickwick» sino que, además no versa «acerca de nadie». Pero ¿es esto justo? Si Ryle ha querido decir con esto que no ha existido nunca un ser humano tal de quien se formulase una proposición verdadera al decir «éste es el hombre al que se refería Dickens en aquella oración con las palabras "señor Pickwick"», Moore estaría, como es natural, de acuerdo.

Pero si Ryle cree, según Moore, que con esto está formulando un punto de vista incompatible con algunas opiniones filosóficas, se equivoca, pues nadie cree en la historicidad del señor Pickwick. Es pues, trivial la conclusión de Ryle. Algo más, pues, querrá decir Ryle. Sin duda Ryle quiere decir también que cuando Dickens escribió esa oración no usó «señor Pickwick» como un nombre lógicamente propio (según la teoría de Russell). En esto Moore está de acuerdo con Ryle. Pero no usar el nombre «señor Pickwick» como nombre propio en sentido lógico es totalmente distinto de decir que no se usa «señor Pickwick» como nombre propio de nadie. Lo único que Moore está dispuesto a conceder a la afirmación de Ryle: «La proposición de Dickens no versaba acerca de nadie» es que haya querido decir: «Dickens no usaba 'señor Pickwick' como un nombre propio en sentido lógico» si lo que se intenta significar en esta última proposición es que nunca ha existido nadie a quien se pudiese señalar diciendo: «mira, ese es el señor Pickwick».

En consecuencia «en lugar de describir —sostiene Moore— las proposiciones que nos ocupan como proposiciones "que parecen versar acerca del señor Pickwick", (el señor Ryle) debería haberlas descrito, en mi opinión, como proposiciones que *versan* acerca del señor Pickwick; y debería haberlo hecho a pesar de que Dickens (en el caso de las proposiciones expresadas con un enunciado en el que figuran las palabras "señor Pickwick"), no usó "señor Pickwick"

ni como nombre propio de una persona real ni como "nombre propio en sentido lógico" (lo cual es algo totalmente distinto)<sup>22</sup>.

Moore llega a semejante conclusión con un razonamiento tan fino y sutil que raya en lo sofisticado. En efecto, sostiene que decir «la proposición de Dickens *versaba* sobre el señor Pickwick» significaría:

- i) La proposición de Dickens dice que un hombre y sólo uno se llamaba "Pickwick" y que la señor Bardell se desmayó en brazos de ese hombre, y
- ii) *hubo* un hombre y sólo uno llamado "Pickwick".

Pero Ryle sostiene que *no versaba* sobre el señor Pickwick», por consiguiendo la proposición de Ryle «la proposición de Dickens *no versaba* sobre el señor Pickwick» habría que traducirla del siguiente modo, compatible con la creencia de Ryle:

- i) La proposición de Dickens dice que un hombre y sólo uno se llamaba "Pickwick" y que la señora Bardell se ha desmayado en brazos de ese hombre, y
- ii) *no* es el caso que se llamase "Pickwick" un hombre y sólo uno.

O sea, en opinión de Moore, Ryle creería «en parte» que un hombre y solamente uno se llamaba Pickwick, con lo cual caería en contradicción consigo mismo, pues por un lado estaría sosteniendo que existe un hombre llamado Pickwick, conclusión incompatible con sus premisas.

Por otro lado para demostrar que no solo las premisas de Ryle son falsas, sino también esta conclusión, Moore sostiene que en esto Ryle está equivocado y trata de probarlo con un contra-ejemplo. Si alguien dice «el señor Ryle es un estudioso de la *Christ Church*» no afirma que sólo un hombre se llama «Ryle». De igual modo cuando se afirma «El Mont-Blanc está cubierto de nieve» *no* se afirma que sólo exista un monte que se llame «Mont-Blanc». Si al decir, por ejemplo, «El señor Ryle es un estudioso de la *Christ Church*» se dijese «sólo hay un hombre llamado Ryle», bastaría con exhibir un par de hombres llamados «Ryle» para invalidar la pretensión de la proposición «sólo hay un hombre llamado Ryle».

En resumen Moore rechaza las dos tesis principales de Ryle sobre las proposiciones literarias: en efecto, para Ryle (i) las proposiciones que Dickens escribe en su novela son «proposiciones aparentemente sobre Mr. Pickwick», pero como no hay un tal Mr. Pickwick», (ii) las proposiciones no son *acerca de alguien* ya que nadie se llama Pickwick.

Pero esto no significa para Moore que la proposición «la señora Bardell...» —y todas las proposiciones como ésta— verse efectivamente sobre Mr. Pick-

22 «Objetos imaginarios», en *Defensa del sentido común y otros ensayos*, (Traducción de Carlos Solís). Ediciones Orbis, Barcelona 1983, pp. 116-117.

wick, ni menos que esta proposición no verse acerca de alguien. Moore propugna la tesis de que los nombres propios *sólo se usan* y nada más. «Si presento —argumenta el filósofo de Cambridge— a mi amigo Smith a una persona que ni lo conoce ni ha oído hablar de él y digo: "Este se mi amigo Smith", parte de los que afirmo es: "El nombre de esta persona es 'Smith'". Pero si en un acto público muestro al señor Baldwin a una persona que no lo conoce de vista, pero que sé que ha oído hablar de él frecuentemente, y digo: "Mira, ése es el señor Baldwin", entonces no forma parte de lo que digo el enunciado: Esa persona se llama 'Baldwin'"; uso sencillamente el nombre *sobre* él. Me parece que en la inmensa mayoría de los casos en que se usan nombres propios, tanto en la *vida ordinaria* como en *la historia* o *la ficción*, (subrayamos) no se dice nada en absoluto *sobre* el nombre usado; se usa *solamente*»<sup>23</sup>.

¿Qué diría, pues, Ryle frente a la oración «el actual rey de Francia es calvo»? Evidentemente lo mismo que dice acerca de todas las oraciones literarias, es decir que la oración «el actual rey de Francia es calvo» es una oración aparentemente sobre el rey de Francia, pero en realidad no es sobre nada ni nadie. Su posición, como se ve, se acerca enormemente a la de Russell, pues para demostrarlo recurre igualmente, aunque no exclusivamente, a la teoría de las descripciones definidas.

Moore, en cambio, sostiene que en cualquier circunstancia el nombre propio solamente se usa. Es decir, no denota ni real ni aparentemente. Para Moore la teoría de las descripciones —al menos tal como él la presenta— conduce a opiniones completamente equivocadas, pues al afirmar, por ejemplo «el Primer Ministro de Inglaterra (en 1945) es Mr. Churchill» se cae en un error al intentar transformar esta oración en las oraciones «existe una y sólo una persona llamada Churchill y esta persona es el Primer Ministro inglés», pues de ninguna manera es posible aceptar que exista una y solamente una persona llamada Churchill ya que es muy fácil mostrar a otras personas que también tienen por nombre «Churchill». Claro que Ryle no repara en que al descomponer una oración en sus partes constitutivas «a la Russell», todas las frases resultantes deben ser verdaderas conjuntamente. Si se toman las condiciones por separado (y no en conjunción), obviamente puede presentarse lugar para la objeción de Moore.

Sin embargo al pensar Moore que los nombres solamente *se usan y nada más*, así como usamos el reloj de pulsera o un bolígrafo, no hay manera de distinguir cuándo estamos en presencia de un nombre que se usa sobre un ser

23 Id., p. 119.

real, uno histórico o uno ficticio. Efectivamente ¿cómo distinguir entre los diversos tipos de «estatus» representados por los nombres propios implicados en cada una de las siguientes oraciones, sin recurrir a la denotación?

(i) «Don Raúl Alfonsín se dirigió ayer a los argentinos».

(ii) «Napoleón logró reunir en 1815 medio millón de hombres contra los aliados».

(iii) «La señora Bardell se ha desmayado en brazos de Mr. Pickwick».

Si los tres nombres propios sólo se usaran, entonces no habría diferencia alguna, ontológicamente hablando, entre las entidades a las que se refieren las oraciones que contienen estos nombres. Luego tampoco parece muy acertada la teoría de Moore según la que los nombres propios se *usan* y *solamente* se *usan*. Lo cierto es que el uso no entraña la imposibilidad de la denotación o del uso significativo de los nombres. Lo que ocurre es que un nombre se puede usar para *denotar* existencia actual y real (por ejemplo don Raúl Alfonsín); para *denotar* existencia histórica (por ejemplo Napoleón Bonaparte) y; para *denotar* «existencia» ficticia (por ejemplo Mr. Pickwick).

## 5. Strawson

Supongamos que tenemos a la vista dos oraciones:

(i) El actual rey de España es casado.

(ii) El actual rey de Francia es soltero.

En lo que toca a sus valores de verdad Russell afirmaría que (i) es verdadera, mientras (ii) es falsa; (i) es verdadera porque lo son las tres proposiciones constitutivas en las que (i) puede ser descompuesta: 1) existe al menos un individuo que es actual rey de España; 2) existe a lo sumo un individuo que es rey de España; y 3) si alguien es rey de España entonces es casado, mientras que (ii) es falsa porque las proposiciones en que puede ser descompuesta son falsas.

Pero ¿qué ocurre con la oración (iii) El actual rey de Francia no es casado? Según Russell también es falsa por las mismas razones que lo es (ii), lo cual no deja de ser sorprendente.

Paradojas de este tipo llevan a Strawson a pensar que hay un error importante en la teoría russelliana.

Según Strawson, Russell sostiene, a este respecto, dos cosas ciertas:

1) Que la oración (ii) es significativa,

2) Que si alguien emite (ii) su afirmación es verdadera sólo si existe en ese momento un rey en Francia, y sólo uno y, además, si es casado.

Pero sostendría también dos cosas falsas:

- 1) que cualquiera que procuncia (ii) hará una afirmación verdadera o falsa,
- 2) que parte de lo que afirma es que existe un rey y sólo uno en Francia.

En realidad la clave de la postura de Strawson está en advertir que el asunto no puede resolverse única y exclusivamente desde un punto de vista lógico y semántico, como ha hecho Russell. El problema hay que inscribirlo —sin abandonar la perspectiva lógica-semántica— en una perspectiva pragmática.

En efecto, hasta aquí la cuestión de los valores de verdad no ha sido considerada en el horizonte del uso que los hablantes hacen de las oraciones. Al integrar este nuevo punto de vista la situación cambia radicalmente, asegura Strawson. Sostiene que el extravío de Russell se debe a que no distingue entre:

- (A1) una oración ( a *sentence*);
- (A2) el uso de una oración (a *use or a sentence*) y
- (A3) una emisión de una oración (an *utterance of a sentence*) y, correspondiente entre
- (B1) una expresión (an *expression*);
- (B2) el uso de una expresión, y
- (B3) una emisión de una expresión.

Una oración considerada en frío, en sí y nada más que en sí, puede resultar terriblemente perturbadora, pero si se tienen en cuenta las circunstancias de su emisión y el contexto de la situación comunicativa, las paradojas desaparecen sin necesidad de recurrir a teorías un tanto inverosímiles, como la teoría de los hechos negativos que Russell se ve obligado a sostener en algún momento para explicar, por ejemplo, por qué la oración «el rey de Francia no es casado» es falsa.

Por el contrario, si se distingue entre una oración (*sentence*) y un enunciado (*statement*), entonces resulta absurdo preguntar si una oración es verdadera o falsa, porque la verdad o la falsedad es una propiedad de los enunciados y no de las oraciones.

Si en una oración comunicativa concreta acerca del estado civil de los monarcas europeos un hablante afirma: «el actual rey de Francia es casado», lo más probable es que ningún interlocutor replique con la expresión «eso es falso», como sí sería dable esperar dicha respuesta si se afirma en esa misma situación comunicativa que el actual rey de España es soltero.

Lo que ocurre es que en esta situación la cuestión de la verdad o falsedad no se plantea. Y no se plantea porque no estamos en presencia de un enunciado, sino tan sólo de una oración. Una oración dará lugar a un enunciado, por un

lado, según el uso y al circunstancia en que el hablante utilice la oración y, por otro, si y sólo si existe un estado de cosas al que pueda aplicarse el término sujeto (principio de existencia). Russell parece haber pensado —en la interpretación de Strawson— que bastaba con que una oración sea considerada significativa para que sea considerada también portadora de un valor de verdad.

Pero para que una oración sea verdadera o falsa, hace falta algo más que su mera significatividad: hace falta que existan entidades a las cuales la oración se refiera.

La oración «el actual rey de España es casado» es, contemporáneamente, verdadera porque cumple con el principio de existencia desde el momento que existe un rey en España y, además, es casado. Pero la oración «el actual rey de Francia es soltero» no es en modo alguno un enunciado puesto que no cumple con el principio de existencia, ya que como todos sabemos actualmente no hay rey en Francia. Luego, no tiene objeto atribuir verdad o falsedad a una oración como ésta, y, por extensión, a todas las de su género.

Una misma oración significativa puede ser usada en multitud de situaciones diferentes, conservando su significado, pero alterando sus valores de verdad, según las condiciones de sus uso.

Entonces la oración «el rey de Francia es soltero» pronunciada por un hablante digamos hacia 1769 era verdadera puesto que Luis XVI aún estaba célibe, pero pronunciada en 1775, era indudablemente falsa. Mas, pronunciada hoy, la oración no se refiere a nada, no habla acerca de nada y, preguntar por el objeto a que la oración se refiere y atribuirle un valor de verdad es absurdo según lo revela su uso.

De todo lo cual concluye Strawson que ni las reglas aristotélicas ni las rusellianas dan cuenta de la lógica exacta de cualquier expresión del lenguaje ordinario, porque sencillamente el lenguaje ordinario no tiene lógica exacta<sup>24</sup>.

JUAN O. COFRE LAGOS

24 Cfr. «On Referring», originalmente publicado en *Mind* (IX, N.S., 1950). La versión que tenemos a la vista corresponde a una reedición del artículo en *Logic-Linguistic Papers*, obra que recoge varios trabajos de Strawson. Este libro fue publicado por Methuen and Co., Ltd. London 1971. Hay versión española bajo el título *Ensayos Lógico-Lingüísticos*; traducción de Alfonso García Suárez y Luis M. Valdés Villanueva. Tecnos, Madrid 1983.

Una contrarréplica de Russell a «On Referring» se encuentra en *El desarrollo de mi pensamiento filosófico* («Mister Strawson, sobre el referir, 250-IV»).

Susan Haak, considera que la crítica de Strawson según la cual el error de Russell consistiría en no lograr distinguir entre oraciones y enunciados es insostenible. Cfr. *Filosofía de las lógicas*, Madrid 1978, pp. 89-90.